

LOS LIBROS DE DONNA

Por *Lucille Hopp*

DONNA miró el reloj grande que había sobre el escritorio mientras la bibliotecaria anotaba los libros que ella había escogido. "Tendré tiempo suficiente para visitar a mi abuelito antes de la hora de regresar a casa para poner la mesa para la cena", pensó.

-Espero que disfrutes leyendo estos libros -dijo la bibliotecaria pasándoselos a Donna.

-Yo. .. yo también -respondió Donna no muy segura. No quería hablar de ese asunto con la bibliotecaria, de modo que los tomó apresuradamente, y con una sonrisa forzada abandonó la biblioteca.

Se dirigió a la bicicleta que tenía cerca de la entrada y colocó los libros cuidadosamente en una cesta que llevaba en ella, y salió. Mientras recorría la calle tranquila donde vivían sus abuelos, miró repetidas veces los libros de tapas brillantes. ¡Se veían tan bonitos! La bibliotecaria no le había preguntado nada acerca de esos libros cuando ella los retiró. ¿Y por qué tenía que hacerlo? ¿Qué había de raro en que ella quisiera leer?

Pero en eso Donna ya llegaba a la entrada del camino que conducía a la casa de su abuelo, y allí estaba él, con las tijeras de podar en la mano, trabajando en su hermoso jardín de rosas. Cuando Donna entró, éste levantó la vista deleitado al ver a su nieta.

-¿Cómo está mi señorita hoy? -preguntó dejando sus tijeras en un banco de madera y quitándose los guantes grises que siempre usaba cuando trabajaba en el jardín.

-Muy bien, abuelito -respondió Donna-, estoy muy bien.

Luego agregó como de paso:

-Vengo de la biblioteca.

-Eso es bueno -comentó él-. Me alegro de que te guste leer buenos libros, querida. Los libros pueden proporcionarte mucho placer, como también enseñarte cosas que deseas saber.

Donna se sentó en el banco junto a su abuelito

-¿Qué tesoro encontraste hoy en la biblioteca, Donna? -preguntó él.

-¿Tesoro, abuelito? -dijo la niña, y luego pensó: "¿Por qué será que abuelito siempre hace de los libros algo tan importante? ¡Y especialmente hoy!"

Quizás ella no debiera haber ido a visitarlo ese día. Podría haber explicado más tarde que estaba apurada por volver a la casa para ayudar a la madre a preparar la cena. Pero ahora ya era demasiado tarde para eso. Ahí estaba, y no había manera de librarse. Tendría que mostrar al abuelito los dos libros que había sacado de la biblioteca.

Sin decir una palabra, Donna tomó los libros que tenía en la cesta y se los pasó a su abuelo.

¡Cuentos de hadas! -exclamó con una voz más bondadosa de lo que Donna había esperado escuchar-

¡Bueno, bueno, bueno!

Donna comenzó inmediatamente a dar explicaciones.

-Yo sé que tú piensas que no está bien leerlos -dijo-, pero todas las otras chicas los leen. ¿Por qué los tienen en la biblioteca si son tan malos? A la bibliotecaria no le pareció raro que yo los sacara. Además, las otras chicas piensan que son interesantes y divertidos.

-¡Uau, allí está la cosa, mi querida! -dijo el abuelo mirándola sonriente-. Un momentito. ¡Estás hablando tan rápido que parece que estás procurando convencerte a ti misma de esas cosas tanto como a tu viejo abuelo! -y el abuelo la tomó de la mano y le dijo:

-Acompáñame a dar un paseo. Quiero mostrarte algo.

El jardín y la huerta del abuelo estaban bien atendidos, con senderos bien cuidados, los bordes prolijamente recortados, las verduras dispuestas en hileras bien mullidas, con arbustos y árboles bien



podados, y una gran cantidad de flores hermosas. Sus zarzamoras y otros tipos de plantas que producían bayas y las vides les habían provisto a Donna y a otros miembros de la familia muchos convites deliciosos. El abuelo era un experto jardinero.

Caminando llegaron debajo del emparrado. Entre una de las vides y una tabla del armazón del emparrado se extendía la tela de araña más grande que Donna hubiera visto jamás.

-Esta mañana estaba cubierta de rocío -dijo el abuelo-, y brillaba a la luz del sol como una joya hecha de diamantes engarzados. Me pregunté

cómo una tela tan delicada podía sostener tantas gotitas de rocío, sin romperse. Pero es más fuerte de lo que parece. Puedes notar cuán simétrica es, y quizás sepas que la araña requiere mucho tiempo y esfuerzo para construirla.

Después que Donna la hubo inspeccionado por un momento, su abuelo continuó:

-Ven a ver el nuevo comedero que la abuela puso para los picafloros. Lo colgó cerca de la ventana de la cocina, para poder observar los pajaritos que vienen a alimentarse mientras ella hace su trabajo. ¿Sabías tú que algunos han tratado de llenar comederos como éste con agua azucarada coloreada de azul, amarillo o verde, pero han descubierto que sólo el color rojo atrae a los picafloros?

-¿Crees que ellos son ciegos a los otros colores? -quiso saber Donna.

-Yo no sé, querida, pero sería interesante descubrir la razón de esa preferencia, ¿no es cierto?

Podríamos sentarnos aquí en las sillas del jardín durante unos minutos para ver si viene algún picaflor a comer.

De pronto vieron un picaflor en uno de los arbustos cercanos. A los pocos instantes se acercó al comedero y Donna y el abuelo lo observaron con gran interés mientras sacaba su larga lengüecita una y otra vez por su pico finito hasta que se satisfizo con el líquido dulce coloreado que le habían preparado.

-Creo que comenzamos a hablar de cuentos de hadas, ¿no fue así? -preguntó el abuelo después de que el pajarito se fue-. ¿Crees tú que fue un hada la que hizo esa tela delicada que vimos en el parral? ¡O tal vez esa criaturita que agitaba las alas con tanta rapidez y que vimos comer hace un momento era una hadita!

-Una araña y un picaflor no son hadas, abuelo -respondió Donna sonriendo.

-Por cierto que no, Donna -dijo serio el abuelo-. Las hadas realmente no existen, pero sí existen estas criaturas. Las observamos, y vemos lo que pueden hacer. Ahí tienes la razón por la cual son mucho más interesantes y emocionantes que un cuento de hadas. Hay maravillas en el cielo, en la tierra, y aun en las profundidades del océano, que pueden alimentar tu imaginación por toda la vida. El leer cuentos de hadas es algo así como tratar de satisfacer el deseo de comer una manzana dulce y jugosa comiendo una de esas manzanas de cera que tu mamá tiene en un lindo canastito en la casa. ¡Eso nunca podría reemplazar a una manzana verdadera!

-Nunca antes había considerado el asunto de esa manera -dijo Donna con una sonrisa.

-Y cuando tú leas acerca de las criaturas de Dios, Donna, y estudies para conocerlas mejor, aprenderás más y más acerca de su Creador. Sentirás el deseo de hacerlo tu Amigo. Eso te proporcionará verdadero gozo, no sólo aquí en la tierra sino durante toda la eternidad.

-La próxima vez que vayas a la biblioteca, pídele a la bibliotecaria que te muestre algunos libros sobre naturaleza. Ella se sentirá muy complacida de ayudarte a encontrar algo que te guste. Cuéntame luego cómo te fue -la animó el abuelo.

-Lo haré, abuelo -respondió Donna preparándose para salir-. Pasaré por la biblioteca para dejar estos dos libros antes de ir a casa para la cena.